

La biblioteca desaparecida

*Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo
del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione italiano.*

Este libro ha sido traducido gracias a la ayuda a la traducción
del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación italiano.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

Título original: *La biblioteca scomparsa*

En cubierta: ilustración de la edición

de Sellerio Editore 1986 © Daniele Simonelli

© Sellerio Editore, Palermo, 1986

Publicado por acuerdo con The Ella Ser Literary Agency

© De la traducción, Xilberto Llano Caelles

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-60-7

Depósito legal: M-2.894-2025

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Luciano Canfora

LA BIBLIOTECA
DESAPARECIDA

Traducción del italiano
de Xilberto Llano Caelles

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 150 (Serie Mayor)

Índice

I.	La tumba del faraón	11
II.	La biblioteca sagrada	15
III.	La ciudad prohibida	20
IV.	El fugitivo	23
V.	La biblioteca universal	27
VI.	«Dejo los libros a Neleo»	33
VII.	El banquete de los sabios	37
VIII.	En la jaula de las musas	44
IX.	La biblioteca rival	52
X.	Reaparece Aristóteles, y se pierde	58
XI.	El segundo visitante	65
XII.	La guerra	72
XIII.	El tercer visitante	77
XIV.	La biblioteca	82
XV.	El incendio	86
XVI.	Diálogo de Juan Filopón con el emir ‘Amr ibn al- ‘As antes de incendiar la biblioteca	88
Notas		104
Fuentes		111
1.	Gibbon	111
2.	Los diálogos de ‘Amr	116
3.	Aristeas actualizado	119

*Nunc adeamus bibliothecam, non illam
quidem multis instructam libris, sed ex-
quisitis.*

ERASMO

I

La tumba del faraón

Hecateo de Abdera llegó a Egipto en el reinado de Ptolomeo Sóter. Ascendió el Nilo hasta Tebas, la antigua capital de las cien puertas, cada una tan amplia —según se deducía de Homero— que permitiría el paso de doscientos soldados, incluidos carros y caballos. Perduraban todavía, bien visibles, los muros del templo de Amón. Muros con un espesor de veinticuatro pies y una altura de cuatrocientos cinco cúbitos, junto con un perímetro de decenas y decenas de estadios. Dentro, todo había sido saqueado desde que se abatió sobre Egipto Cambises, el rey loco de los persas; un auténtico azote que deportó a Persia a los artesanos egipcios, para valerse de ellos en los palacios de Susa y Persépolis. Un poco más allá estaban las tumbas reales. Quedaban en pie diecisiete. En el Valle de las Reinas los sacerdotes le mostraron la tumba de las concubinas de Zeus, las nobles princesas consagradas, antes del matrimonio, a la prostitución, por devoción al dios. Más allá se detuvo ante un mausoleo imponente; era la tumba de Ramsés II, el faraón que había combatido en Siria contra los hititas. Helenizado, su nombre sonaba Osymandyas.

Hecateo entró. El vestíbulo era un portal de sesenta metros de largo y veinte de alto. Lo cruzó y se encontró en un peristilo con forma de cuadrado; cada lado me-

día cerca de ciento veinte metros de largo; el techo era un único bloque de piedra de un azul oscuro, punteado con estrellas. Columnas altas, de casi ocho metros, sostenían ese cielo estrellado. Aunque, más que columnas, en realidad eran figuras esculpidas, cada una distinta de las otras, todas extraídas de bloques monolíticos. A medida que avanzaba, Hecateo iba tomando nota de la planta del edificio. Ahora estaba en otro portal, parecido al de la entrada, pero completamente decorado con relieves y dominado por tres estatuas, todas obtenidas de bloques de piedra negra.

La mayor de las tres (la estatua más grande existente en Egipto, le aseguraron los sacerdotes) sobresalía tanto por encima de las otras dos que aquellas le alcanzaban solo a las rodillas. La estatua gigantesca, cuyos pies medían casi cuatro metros, representaba a Ramsés. A sus rodillas estaban, a un lado, la madre y, al otro, la hija. En la sala del cielo estrellado, el techo se hallaba a una altura de ocho metros, pero allí se perdía la vista y el inesperado cambio, de sala en sala, de la altura del cielo, desconcertaba aún más al visitante. Lo que especialmente impresionó a Hecateo fue que la enorme estatua de Ramsés hubiera salido de un único bloque y no presentase ni un rasguño ni una mancha. «Esta obra —anotó— es admirable, no tanto por sus dimensiones, cuanto, sobre todo, por la técnica con que se elaboró y por la naturaleza de la piedra». En su base había una inscripción que Hecateo pidió que le tradujeran al griego: «Soy Ramsés, rey de reyes», decía. Después continuaba de un modo poco claro: «Si alguien quiere conocer qué grande soy y dónde me encuentro, debe superar una

de mis obras». La frase no tenía un sentido único. «Qué grande» podía referirse, obviamente, a sus dimensiones. Tal interpretación se apoyaba en el hecho de que esas palabras se encontraban a los pies de la gigantesca estatua y en que, de cualquier forma, no concordaban mal con la otra curiosidad que el faraón prometía satisfacer: «Dónde me encuentro». Pero «qué grande» podía tener también un sentido figurado, esto es, no referirse únicamente al tamaño, sino, por ejemplo, a sus «obras», a las que se aludía después. También la otra expresión, «dónde me encuentro», como invitación o desafío a buscar el sarcófago, dejaba entender una colocación oculta, alcanzable en ciertas condiciones. En cualquier caso, se desafiaba al visitante curioso y se le invitaba, desde ese instante, a una prueba que se le proponía de modo ambiguo: «Debe superar una de mis obras» (*nikato ti ton emon ergon*), o sea, llevar a cabo —parece dar a entender— hazañas más grandes que las mías. Si esta era la interpretación exacta, se trataba, en efecto, de una prohibición. La estatua se plantaba delante del visitante, al iniciar su camino, y lo desalentaba en la búsqueda del sarcófago. Pero ¿era esta la única interpretación? En cualquier caso, Hecateo y sus acompañantes continuaron adelante. En la enorme sala sobresalía, aislada, otra estatua de una altura próxima a los diez metros que representaba a una mujer con tres coronas. Aquí le explicaron enseguida el enigma: era —le dijeron los sacerdotes— la madre del soberano, y las tres coronas significaban que había sido hija, mujer y madre de un faraón.

Desde la sala de las estatuas se pasaba a un peristilo adornado con bajorrelieves que representaban la cam-

paña del rey en Bactriana. Los sacerdotes le aportaron también información histórico-militar: en aquella campaña —dijeron—, el ejército del rey tenía cuatrocientos mil infantes y veinte mil caballeros, divididos en cuatro formaciones, cada una al mando de uno de los hijos del rey. Después lo ilustraron sobre los bajorrelieves, pero no siempre concordaban en las explicaciones. Por ejemplo, ante la pared donde se representaba a Ramsés empeñado en un asedio, al lado de un león, «una parte de los intérpretes —anotó Hecateo— sostenía que se trataba de un león auténtico que, amansado y criado por el rey, afrontaba a su lado el peligro de las batallas; otros, en cambio, defendían que el rey, valiente en extremo, pero, a la vez, codicioso de alabanzas hasta la vulgaridad, se había hecho representar con el león para destacar la audacia de su propio ánimo». Hecateo se volvió hacia la siguiente pared, donde estaban los enemigos vencidos y los prisioneros, representados todos ellos sin manos y sin genitales, afeminados —le explicaron— y sin fuerzas frente al peligro de la guerra. En la tercera pared se representaba el triunfo del rey al regreso de la guerra y los sacrificios consumados para dar gracias a los dioses. A lo largo de la cuarta pared, en cambio, resaltaban dos grandes estatuas sedentes que la cubrían en parte. Había, justo al lado de las estatuas, tres pasillos.

Este es el único caso en el que Hecateo indica de modo explícito y detallado el tipo de acceso que comunicaba un recinto con el siguiente. Cruzando esos tres pasillos se entraba en otra ala del edificio, donde se celebraban, ya no las gestas guerreras, sino las obras de paz del faraón.

II

La biblioteca sagrada

Hecateo trasmitió la explicación que le habían dado del complicado recorrido que conducía hasta el sarcófago de Ramsés. ¿Había eludido la prohibición del faraón o superado la prueba implícita en aquella frase que parecía un conjuro? ¿O quizá la frase ya no tenía eficacia y se exhibía como curiosidad a los visitantes del mausoleo?

Este es su relato:

Los tres pasillos llevaban a una sala con columnas, construida como un Odeón, de sesenta metros de largo. Esta sala estaba llena de estatuas de madera que representaban a dioses litigantes con la mirada vuelta hacia los jueces. Los jueces estaban esculpidos a lo largo de una de las paredes, en número de treinta y sin manos. En el centro, el juez supremo con la verdad colgada al cuello y los ojos cerrados; a su lado, en el suelo, había un montón de rollos. Explicaron que estas figuras, con sus actitudes, pretendían significar que los jueces no deben recibir regalos y que el juez supremo debe tener ojos solo para la verdad.

A continuación, se accedía a un peripato rodeado de habitaciones de todo tipo, historiadas con relieves que representaban la mayor variedad posible de alimentos exquisitos. A lo largo del peripato se encontraban ba-

porrelieves coloreados, en uno de los cuales figuraba el rey a punto de ofrecer a la divinidad el oro y la plata que recaudaba anualmente de las minas de todo Egipto. Bajo este relieve estaba indicada la renta total expresada en minas de plata: treinta y dos millones. A continuación se encontraba la biblioteca sagrada, sobre la cual se hallaba escrito: LUGAR DE CUIDADO DEL ALMA. Y seguían las imágenes de todas las divinidades egipcias; a cada una el rey ofrecía los dones apropiados, como si pretendiese demostrar a Osiris y a los dioses inferiores que había vivido de modo pío y justo, tanto con los hombres como con los dioses.

Había también una sala, construida de un modo suntuoso, con un muro coincidente con la biblioteca. En esta sala había una mesa con veinte triclinios y las estatuas de Zeus, de Hera y, también, del rey. Parece que ahí habría estado sepultado el cuerpo del rey. Dijeron que esta sala tenía, a su alrededor, una serie considerable de vanos, donde estaban espléndidamente pintados todos los animales sagrados de Egipto. El que subiera a través de esos vanos se encontraría ante la entrada de la tumba. Esta se hallaba sobre el techo del edificio, en el cual se podía observar un aro de oro de trescientos sesenta y cinco cúbitos de longitud y de un cúbito de altura. En este aro estaban descritos y dispuestos, uno por cada cúbito, los días del año: para cada día se señalaba el despuntar y el descender de los astros y las señales que, según los astrólogos egipcios, se deducen de tales movimientos. Dijeron que este friso lo había sustraído Cambises cuando se había apoderado de Egipto.